

Retrato

Louise Bourgeois según Robert Mapplethorpe en los años '80.



Cultura Una monumental araña convoca a la muestra de Louise Bourgeois en La Boca. La vida de una artista genial que trabajó hasta los 98 años a través de Jerry Gorovoy, su asistente en las últimas tres décadas.

Texto: Fernando García (fegarcia@clarin.com) **Fotos:** Estudio Louis Bourgeois y Archivo Clarín

Louise Bourgeois

La mujer que vivió demasiado

Se sacan fotos. Es el primer domingo del otoño y los que van y vienen de Caminito se sacan fotos. Posan como bichos bajo el vacío creado por *Maman*, alias *La araña*, la escultura monumental de nueve metros por diez. *Maman* tiene un tinte aceitoso en las largas patas de bronce que hace juego con la triste negrura del Riachuelo. Llegó repartida en una docena de containers; los containers

viajaron un mes en barco desde Nueva York. Pesa 22 toneladas y ahora parece un monstruo clase B que amenaza la entrada vidriada de la Fundación Proa.

Cuando *Maman* llegó a La Boca, estirada en el terraplén, las ocho patas envueltas en plástico daban la sensación inversa: el monstruo había sido capturado. En el perímetro de la escultura se armó una zona de exclusión, imposible acer-

carse, y los operarios hasta tuvieron que levantar la vereda para que la araña anclara.

Como en la Tate Gallery de Londres y los Guggenheim de Nueva York y Bilbao, cuando *Maman* acecha no es una araña sino Josephine Valerie Fauriaux Bourgeois o sea la madre, *maman* en francés.

La madre de Louise Josephine Bourgeois, la señora que posa, pícaro, con un pene "suyo", en la foto.

Foto: Studio Fotográfico



Brooklyn

Louise Bourgeois con el molde original de la obra *El arco de histeria* (de 1992). La artista nació en Francia pero vivió desde 1938 en Nueva York.

Manos mágicas

Bourgeois en Pietrasanta, Italia, en 1967 contemplando su obra *Germinial*. Las feministas la hicieron su heroína pero su obra estaba basada en sus propios traumas.

Juntos a la par

A los 89 años en su estudio junto a Jerry Gorovoy. Se conocieron en 1979 y ella le pidió que la ayudara. "Louise tenía problemas psicológicos para organizar su obra", dice hoy Gorovoy.

Foto: James Hamilton



Foto: Yosef Adar



"Las arañas son presencias amistosas que se alimentan de mosquitos. Todos sabemos que los mosquitos propagan enfermedades y, por lo tanto, son indeseables. Así, las arañas son útiles y protectoras, al igual que mi madre", había dicho Louise Bourgeois ante la inminente instalación de *Maman* en Londres, en 1999.

Bourgeois no estuvo en esa inauguración y tampoco se la vio en ésta porque murió, inacabable, a los 98 en 2010. Había dejado de visitar sus propias muestras ya en 1985 cuando en un viaje de regreso de París (donde nació) a Nueva York (donde vivió desde 1938) le sopló a su chaperón que estaba cansada; que no más jet lag; que nada de *interviews*. "Si vos querés que sigan habiendo muestras vas a tener que ocuparte: yo hago las obras; vos hacé las muestras."

Venía en el avión con Jerry Gorovoy, su "eminencia gris" (así lo llamaba), el joven que la conoció en 1979 y del que nunca se separó.

"No, no fuimos amantes... Fuimos una pareja de trabajo, éramos muy cercanos: compartimos casi toda una vida." Dice Gorovoy, en Proa, en un descanso del montaje de *Maman*, ahí frente al Riachuelo. Sesigue ocupando de las muestras, sí.

Es un hombre largo y suave, con la complexión física de un bailarín clásico. Una versión de su cuerpo se puede ver en la escultura *El arco de histeria*, que cuelga en equilibrio desde el techo de la sala central. Gorovoy fue el modelo de Louise para esa obra. Sobrevivió para contarlo: "Fue algo muy doloroso. Ella realizó una montaña de yeso sobre la que tuve que acostarme. Primero hicimos la parte de la espalda. El yeso cuando se endurece se calienta mucho y me quemaba el cuerpo. Para



Papá corazón

Al lado, la instalación *La destrucción del padre*, una de las obras que reflejan la compleja relación de Louise B. con su padre. Forma parte de la muestra *La vuelta de lo reprimido* en Fundación Proa. Arriba, la escultora con el estilo francés que jamás abandonó a pesar de que pasó la mayor parte de su vida en Nueva York.



hacer el frente del molde tuve que depilarme todo el cuerpo. Hubo otra situación parecida: Louise repitió conmigo un tratamiento de ventosas que hacía para curar a su madre. Me llevó tres meses recuperarme de eso y me quedaron ampollas en todo el cuerpo...”

Quiero creer que la relación entre ustedes no era siempre así. No, no tan sádica.

Soy una vieja relo...

Cualquier mujer de su generación hubiera sido una anciana para cuando la carrera de Bourgeois despegó con la retrospectiva del MOMA de Nueva York en 1982. Tenía setenta años. Dice Gorovoy: “Louise siempre fue como una pequeña niña, parecía más joven de lo que era. El secreto estaba en su trabajo. Permanecía anclada a su infancia y emocionalmente, a veces, era como un bebé”.

Cuando Jerry conoció a Louise, la francesa era una escultora underground muy promocionada por el movimiento Women’s Liberation, la madre de tres hijos ya grandes y la viuda de Robert Goldwater, un historiador de arte, el amor de su vida.

Tanto sexo abierto y obliterado en la obra de la Bourgeois no parece relacionado con una vida *dolcefar niente*.

“El trabajo era todo para Louise. Necesitaba trabajar todo el tiempo: nada le importaba más”, dice Gorovoy.

“La obra de Louise no es sobre el sexo sino sobre la falta de sexo”, bisbisea después Philip Larratt-Smith, el curador que relacionó los escritos psicoanalíticos de Louise (¡treinta años con el mismo terapeuta!) con su obra para esta muestra.

Aun así, el retrato más icónico de la Bourgeois es la foto de Robert Mapplethorpe que abre esta nota. Fue idea de



Voyeur

En la obra *La celda*, Bourgeois reproduce el lecho matrimonial de sus padres y hace que el espectador tome la posición de un voyeur frente a la cama. Es parte de la muestra *El retorno de lo reprimido*. Arriba, la escultora en una fotografía a fines de los años '80.



ella, no del malogrado fotógrafo. Gorovoy la acompañó ese día al estudio: “Estaba un poco nerviosa pero fue ella la que decidió posar con un falo. Hicimos el viaje en un taxi, imagínese. Louise creía que la obra representaba mejor su cuerpo. Eso era lo que había que ver de ella. Mapplethorpe era muy controlador, pero Louise lo superaba en ese aspecto: nadie podía decirle lo que tenía que hacer”.

¿Se liberó tras la muerte de su marido?

Fue duro y traumático, pero cerró definitivamente su etapa doméstica. Su casa entera se convirtió en un estudio. Podría decirse que ahí empezó a ser Louise Bourgeois.

Y no dejó de serlo hasta casi el último día. No era fácil seguirla, claro. “Tenía una salud fuerte pero su problema fue el insomnio. Podía pasarse dos o tres días trabajando sin dormir y después caía en cama un día entero. Pero tenía que trabajar, trabajar era su forma de sobrevivir.”

Larratt-Smith, que la conoció en los últimos años, recuerda que la vieja tenía un humor cáustico y que disfrutaba de la compañía de artistas jóvenes. Bourgeois venía de un tiempo en el que apenas si había teléfonos y pedía que le explicaran internet. Vivía el presente. Gorovoy almorzaba con ella en Chelsea y le leía el *New York Times* todos los días. En el revoltijo de papeles, su eminencia gris descubrió petróleo: cartas que a lo largo del tiempo la Bourgeois le seguía escribiendo a su padre muerto en 1951. Cuando esa información salga a la luz la obra estará completa. Epica y edípica, Louise Bourgeois habrá sido esa niña eterna afectada por el beso de buenas noches de la mujer araña, su *maman*. Una mujer sensata, “sensata hasta la estupidez”, que así dijo.